

SALUDO A LAS VIRTUDES

En estos tiempos hablamos poco de las virtudes. Estamos obsesionados por los valores y en eso nos quedamos. Y no es que esté mal promocionar los valores sino que es una torpeza ignorar la fuerza vital que aportan las virtudes.

Decía el crítico y escritor francés **J. Lemaitre** que todos los días la virtud salva al mundo, y seguramente mejor que todos los inventos científicos. Y luego añadía: *“La virtud es la obra de arte de todos los que no son artistas”*.

El gran **Pascal** avisaba: *“La virtud de un hombre no debe medirse por sus esfuerzos excepcionales, sino por sus actos habituales”*.

El dramaturgo francés **Edmund Rostand** entendió la virtud como elegancia moral.

Santa Teresa de Jesús escribió sobre la virtud textos memorables: *“Gloria sea dada a Dios, que siempre he estimado más la virtud que el linaje”* (Fundaciones, cap. XV).

“Mientras más crece el amor y humildad en el alma, mayor olor dan de sí estas flores de virtudes para sí y para los demás” (Vida, cap. XXI). Sobre todo recordamos este:

“¡Oh soberanas virtudes, señoras de todo lo criado, emperadoras del mundo, libradoras de todos los lazos y enredos que pone el demonio, tan amadas de vuestro enseñador Cristo, que nunca un punto se vio sin ellas! Quien las tuviere, bien puede salir y pelear con todo el infierno junto, y contra todo el mundo y sus ocasiones; no hay miedo de nadie, que suyo es el reino de los cielos; no tiene a quien temer, porque nada no se le da por perderlo todo, ni lo tiene por perdido; solo teme descontentar a su Dios y suplicarle las sustente en ellas, porque no las pierda por su culpa” (Camino, cap X).

Para el pobrecillo de San Damián, **San Francisco de Asís**, las virtudes eran el medio necesario para conseguir el dominio de uno mismo y, más aún, para lograr la santidad. Su *Saludo a las virtudes*, aunque es un texto menos conocido, es elocuente:

“¡Salve, reina sabiduría!, el Señor te salve con tu hermana la santa pura sencillez.

¡Señora santa pobreza!, el Señor te salve con tu hermana la santa humildad.

¡Señora santa caridad!, el Señor te salve con tu hermana la santa obediencia.

¡Santísimas virtudes!, a todas os salve el Señor, de quien venís y procedéis.

No hay absolutamente ningún hombre en el mundo entero que pueda tener una de vosotras si antes él no muere.

El que tiene una y no ofende a las otras, las tiene todas.

Y el que ofende a una, no tiene ninguna y a todas ofende (cf. Sant 2,10).

Y cada una confunde a los vicios y pecados.

La santa sabiduría confunde a Satanás y todas sus malicias.

La pura santa sencillez confunde a toda la sabiduría de este mundo (cf. 1 Cor 2,6) y a la sabiduría del cuerpo.

La santa pobreza confunde a la codicia y avaricia y cuidados de este siglo.

La santa humildad confunde a la soberbia y a todos los hombres que hay en el mundo, e igualmente a todas las cosas que hay en el mundo.

La santa caridad confunde a todas las tentaciones diabólicas y carnales y a todos los temores carnales (cf. 1 Jn 4, 18).

La santa obediencia confunde a todas las voluntades corporales y carnales, y tiene mortificado su cuerpo para obedecer al espíritu y para obedecer a su hermano, y está sujeto y sometido a todos los hombres que hay en el mundo, y no únicamente a solos los hombres, sino también a todas las bestias y fieras, para que puedan hacer de él todo lo que quieran, en la medida en que les fuere dado desde arriba por el Señor (cf. Jn 19,11)”.